

I

PRELUDIUM

DESPERTAR es un salto en paracaídas del sueño.
Libre del agobiante torbellino, se hunde
el viajero hacia la zona verde de la mañana.
Las cosas se encienden. Él percibe —en la vibrante
postura de la alondra— las oscilantes lámparas subterráneas
del poderoso sistema de las raíces de los árboles. Pero a flor
de tierra
—en abundancia tropical— está el verdor
con los brazos al aire, en escucha
del ritmo de una bomba invisible. Y él
se hunde hacia el verano, se descuelga por
el cráter cegador, hacia abajo
a través de grietas de edades verde-húmedas
palpitantes bajo la turbina del sol. Así es detenido
este viaje vertical por el instante y las alas se ensanchan
hasta ser la quietud del gavilán sobre aguas torrenciales.
Tonos desamparados
de las trompetas de la Edad de Bronce
cuelgan sobre el abismo.

En las primeras horas del día, la conciencia puede abarcar
el mundo
como la mano oprime una piedra entibiada por el sol.

El viajero está bajo el árbol. ¿Se extenderá,
después de la caída por el torbellino de la muerte,
una gran luz sobre su cabeza?

II

ARCHIPIÉLAGO OTOÑAL

Tormenta

DE pronto, el caminante encuentra aquí el viejo,
enorme roble, como un alce petrificado con su interminable
cornamenta, frente a la fortaleza verdinegra
del mar de septiembre.

Tormenta nórdica. Es el tiempo en que
los racimos de serbas maduran. Despierto en la oscuridad,
oigo a las constelaciones piafar en sus establos,
en las alturas, sobre los árboles.

NOCHE-MAÑANA

El mástil de la luna se ha podrido y la vela arrugado.
La gaviota flota ebria, más allá, sobre el agua.
El pesado cuadrilátero del muelle, carbonizado. El matorral se
doblega en la oscuridad.

En la escalera. El amanecer golpea y golpea
en las verjas de piedra gris del mar y el sol crepita
cerca del mundo. Semiahogados dioses estivales tantean
en niebla marina.

OSTINATO

BAJO el punto circular de calma del gavián
rueda el mar retumbando en la luz,
muerde ciego su freno de algas y resopla
espuma en las orillas.

La tierra se enjuaga en oscuridad, en donde los murciélagos
se orientan. El gavián se detiene y se vuelve una estrella.
El mar rueda retumbando y resopla
espuma en las orillas.

GÓGOL

LA chaqueta raída cual manada de lobos.
El rostro como lasca de mármol.
Está en el círculo de sus cartas, en la arboleda que susurra
de sarcasmo y errores,
sí, el corazón vuela como un papel por los inhóspitos
fragmentos.

Ahora se cuele el ocaso como un zorro sobre esta tierra,
incendia la hierba un instante.
El espacio está lleno de cuernos y pezuñas y allá abajo
se desliza la calesa como una sombra entre las iluminadas
haciendas de mi padre.

Petersburgo situada en la misma latitud que la aniquilación
(¿has visto a la hermosa en la torre inclinada?)
y por congelados barrios se desliza aún como medusa
el pobre con su abrigo.
Y aquí, envuelto en ayunos, está aquel que antes se envolvía
en los rebaños de la risa,
ya estos se han marchado hace mucho hacia zonas que están
muy por sobre la frontera de los árboles.

La mesa tambaleante de los hombres.
Mira cómo la oscuridad marca a fuego una Vía Láctea de almas.
¡Sube pues a tu carro de fuego y deja este país!

HISTORIA DE MARINOS

HAY días de invierno sin nieve en que el mar es pariente
de zonas montañosas, agazapado en plumaje gris,
azul apenas un minuto, largas horas con olas como pálidos
linces, buscando en vano apoyo en las piedras de la orilla.

Un día como estos salen del mar restos de naufragio en busca
de sus propietarios, sentados en el bullicio de la ciudad, y
ahogadas
tripulaciones van hacia tierra, más tenues que humo de pipa.

(En el Norte andan los verdaderos linces, con garras afiladas
y ojos soñadores. En el Norte, donde el día
vive todo el tiempo en una mina.

Allí donde el único sobreviviente puede estar
junto al horno de la Aurora Boreal escuchando
la música de los muertos por frío.)

ESTROFA Y ANTISTROFA

El círculo superior es el del mito. Allí se hunde erguido el
 timonel
entre brillantes lomos de pescado.
¡Qué lejos de nosotros! Cuando el día
es un ahogo y una calma inquietud
—como la sombra verde del Congo sostiene
en su vaho a los hombres azules—,
cuando todos esos restos se amontonan
en el río pesado
que serpea desde el corazón.

Súbito cambio: bajo el reposo de los astros llegan,
deslizándose, los amarrados.
Alta la popa, en situación
de alarma, está el casco de un sueño, negro
contra la luz rojiza de la costa. Abandonados
se desploman los años, rápida
y silenciosamente —como la sombra de un trineo, grande,
 perruna—
pasa en la nieve,
alcanza el bosque.

MEDITACIÓN AGITADA

UNA tormenta hace girar las aspas del molino
que salvajemente, en la oscuridad de la noche, muele la nada.

Las mismas leyes te mantienen despierto.
La panza del tiburón gris es tu débil lámpara.

Recuerdos difusos se hunden en la profundidad del mar
y allí se petrifican junto a extrañas columnas. Verde
de algas está tu muleta. Quien
se va hacia la mar regresa rígido.

LAS PIEDRAS

Oigo caer las piedras que arrojamos,
transparentes como cristal a través de los años. En el valle
vuela la confusión de los actos
del instante, vociferantes, de copa
en copa de los árboles, se callan
en un aire más tenue que el presente, se deslizan
como golondrinas desde una cima
a otra de las montañas, hasta
alcanzar las mesetas ulteriores,
junto a las fronteras del ser. Allí caen
todas nuestras acciones
claras como el cristal
no hacia otro fondo
que el de nosotros mismos.

CONTEXTO

MIRA el árbol gris. Fluyó el cielo
por sus fibras hasta la tierra
—una nube arrugada solo queda
cuando bebió la tierra. Espacio
robado se retuerce en trenza de raíces,
se trama en verdor. Breves instantes
de libertad se alzan de nosotros, remolinean
por la sangre de las Parcas y aún más allá.